

RESEÑAS

El dios andrógino, la hermenéutica simbólica de Andrés Ortiz-Osés

MAURICIO BEUCHOT*

Recepción: 5/06/06

Aprobación: 25-06-06

RESUMEN

En este artículo el autor, Mauricio Beuchot, nos presenta la teoría de la implicación de Ortiz-Osés, esta teoría deriva de una metafísica del límite que permite a la primera una conjugación entre el ser y el lenguaje. El ser va desplegando todo de una manera armoniosa pues todo lo contiene. En este trabajo no puede dejarse de lado la figura del dios cómplice y dinámico que se manifiesta en símbolos.

Palabras clave:

ABSTRACT

In this article the author introduces Ortiz-Osés' theory of implication; this is a theory derived from a metaphysics of the limit which enables metaphysics to move between being and language. Being enters into a process of unfolding everything, harmoniously, since it is contained in everything. The article also cannot but consider the figure of a cooperating and dynamic God that expresses Himself symbolically.

Key words:

* Mauricio Beuchot Puente es investigador de tiempo completo, nivel "C", del Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Los temas que dirige en su investigación son específicamente los de la Hermenéutica.

Andrés Ortiz-Osés es muy conocido como estudioso de la hermenéutica en España. Discípulo de Gadamer, fue de los primeros que introdujeron la hermenéutica al mundo hispánico. Uno de sus libros: *Mundo, hombre y lenguaje crítico* (1976), fue de los pioneros. Con prólogo de Gadamer, iba autorizado por ese gran teórico de la interpretación. Luego tiene lugar un texto que resultó muy sugerente, *Metafísica del sentido* (Bilbao: Universidad de Deusto, 1989), que abrió muchos caminos, ya que era un tiempo en que la metafísica estaba muy de capa caída, y ese libro era un replanteamiento de tan difícil como imprescindible disciplina. En la colección *Hermeneia* de la Editorial Sígueme, de Salamanca. Otros textos lo siguieron. Sólo mencionaremos: *Las claves simbólicas de nuestra cultura. Matriarcalismo, patriarcalismo, fratriarcalismo* (1993), publicado en *Anthropos*, de Barcelona, en la nueva colección *Hermeneia*, dirigida por el propio Ortiz-Osés. Y así otros títulos, que se han sucedido, como: *Cuestiones fronterizas. Una filosofía simbólica* (1999) y la dirección de un magno *Diccionario de hermenéutica* (1997).

Ortiz-Osés es también conocido por sus estudios sobre la noción de fratría, en lugar de patria o de matria. Asimismo, por sus investigaciones sobre el símbolo, señaladamente el mito, a saber: la mitología vasca, cosa que ha elaborado en conexión con el grupo Eranos, al que pertenece, y que fue fundado por Jung, y al que pertenecieron gentes tan connotadas como Eliade y Durand. También ha formado seguidores de una escuela, por ejemplo: Luis Garagalza, Patxi Lanceros y otros. Últimamente se ha destacado por propulsar el aforismo.

Igualmente interesante es su teoría de la implicación, que es la que seguramente le ha llevado a sus teorías actuales de integración. Ya desde principios de los años 80 me llamó la atención su idea de la implicación. En un artículo de la revista *Pensamiento*, de 1982 o 1983, habla de que es más difícil implicar que explicar, a lo que se contrapone como la inclusión a la exclusión.

De hecho, parece que esta idea de la implicación o de la inclusión es la que lo conduce a su idea, más reciente, del andrógino.

En la introducción al libro, Blanca Solares sabe poner de relieve la presencia del mito en la obra de Ortiz-Osés, así como la de la implicación, señaladamente una filosofía de la implicación, y, por encima de todo, una metafísica de la implicación. Después de que la metafísica ha sido prácticamente desechada en la mayoría de los ámbitos

de la filosofía posmoderna, ella retorna, con autores como Ortiz-Osés y Trías. La metafísica de la inclusión tiene en común con la metafísica del límite el que no son excluyentes, sino que incluyen e integran aspectos, concretamente el del ser y el del lenguaje.

Es una filosofía de la implicación, con desarrollos ontológicos, antropológicos, metodológicos hermenéuticos, y hasta con una ética y una filosofía de la religión que resultan implicativos, integradores. Todo esto desemboca en una arqueología del sentido, ya que se va a los orígenes; más que buscar fundamentos, se buscan relatos fundacionales, que cumplen bien esa función y aportan el suelo nutricio para la ontología, ya que no el suelo firme, pues allí no caben rigideces. Tal se ve en el libro de Ortiz-Osés: *La razón afectiva*, de 2000.

Después de esa introducción viene una amplia entrevista que la autora hace a Ortiz-Osés, en la que se detallan los principales conceptos de su construcción filosófica, con la ventaja, además, de que salen de las sombras muchos de los autores que son las autoridades o fuentes de este pensamiento, como Nietzsche, Jung, Gadamer y Durand. El espíritu integrador, relacionista, lleva al espíritu andrógino, que es el que da la implicación o inclusión.

Viene, asimismo, un extenso estudio de Ortiz-Osés, intitulado “El dios implicado. El ser y el alma, el amor y lo divino”. Allí, el autor sienta las bases de su metafísica de la implicación. Y primero su idea de la misma metafísica como implicadora, ya que parte de una noción muy amplia del ser, que contiene todo y lo va desplegando armoniosamente. Después surge el alma, comparando la visión griega de la misma con la visión cristiana, con la que se enriquece. Luego aparece el amor, ya que, existiendo el alma, no puede ser de otra manera. Es como una manifestación propia de ésta. Y como usa a San Agustín para vertebrarla, se llega al amor de lo divino, aunque todavía sea muy borroso, simbólico. Es el deseo de lo trascendente, y toda trascendencia implica una transgresión, un sobrepaso de lo que está permitido por las ideas al uso, por el ambiente cultural del momento. Por eso, en esa transgresión que es pasar los límites de lo terreno, hacia lo trascendente o divino, se presenta el dios cómplice, como lo llama Ortiz, cómplice del universo, pero que sólo se manifiesta en figuras, en símbolos. De ahí se pasa a un dios no estático, sino dinámico, que despliega una ética de la implicación. Este dios implicado, de la implicación, tiene sobre todo símbolos de coimplicación. Es una

metafísica hermenéutica de la coimplicación, en la que el amor cumple una función en el pasar hacia lo trascendente. Se llega, así, al Dios mercurial. Es un Hermes o Mercurio, porque es el dios del lenguaje y de la comunicación, el que propicia el afecto. Se tiene que llegar a un Dios amoroso, no heroico ni violento.

Tal es el recorrido de Ortiz-Osés en su metafísica de la implicación. Se ve que es abierta y abarcadora, no excluyente, sino incluyente, de acuerdo con su ideal de la inclusión, de la implicación y de la coimplicación, que nos lleva a un porvenir filosófico más promisorio.

El libro, que se cierra con una bibliografía selecta, cumple bien su función de presentarnos este paradigma filosófico diferente y novedoso, más allá de la cansada y aletargante repetición de autores y modelos que vemos proliferar en el ámbito de la filosofía, y es lo que más abunda. Es un descanso o un viento fresco, que estimula y alienta a seguir adelante, buscando un pensamiento nuevo, acorde con el espíritu de los tiempos que, ahora, se deja atrapar difícilmente, dado su carácter aéreo y etéreo, pero, que si se sabe alcanzar, puede darnos mucha luz y muchos conocimientos.

Si debemos agradecer a Ortiz-Osés sus investigaciones tan profundas sobre la hermenéutica del símbolo, en la perspectiva de su hermenéutica simbólica, que se halla estructurada en la línea de su filosofía de la implicación, también debemos agradecer a Blanca Solares por brindarnos el acceso a una dimensión tan rica y prometedora con su libro.